

El humanismo que el inteligente Chesterton atribuye a la Iglesia es cierto. El catolicismo nunca fue el iniciador de las ligas de templanza, ni de las asociaciones de antialcohólicos. La gran diferencia entre el puritanismo y el catolicismo es la concepción abierta y positiva hacia los valores de este mundo, sin duda herencia del pensar judío, ya que el Talmud afirmaba bien claro este moderno principio: «En el más allá, el hombre deberá rendir cuentas de los placeres permitidos de que se haya abstenido» (Epstein, *Judaism*). Nada del ascetismo retorcido y morboso que comenzó después del impacto del peligro protestante, sentido mórbidamente en nuestra religión española tras el siglo XVI.

Lo mismo que aprecia Américo Castro en el siglo XV español —antes de la Reforma protestante—, en el que se da una religión de alegría «de un vivir redimido por el contacto de la naturaleza y por la exaltante virtud del amor, y que al mismo tiempo confía en todas las esperanzas que traía a los mortales el nacimiento de Cristo» (Aspectos del vivir hispano. Alianza Editorial).

Y esto se aprecia en el teatro, la poesía y la literatura religiosa de entonces, que carecen de ese tremendismo que adquiere en otras épocas menos espontáneas y más preocupadas, o por la Contrarreforma religiosa o por el comienzo de nuestra decadencia hispana.

Sin embargo, este humanismo tiene dos vertientes: una positiva, que ahí queda señalada, y otra negativa, la complacencia del catolicismo hacia todos los defectos y fallos humanos, que estancan el proceso de la evolución social y cultural. Por eso aceptó prácticamente muchas costumbres supersticiosas y mágicas, que mejor hubiera hecho en distinguir de lo cristiano.

Yo no creo, por supuesto, que el cristianismo debió adoptar una postura «anti» del tipo inquisitorial como, para nuestra desgracia, adoptó con otras cosas legítimas sin inteligencia, sobre todo a partir del siglo XV. Pero si una actitud clara que hiciera distinguir a los creyentes las costumbres populares y folklóricas de las costumbres cristianas, que nada tenían que ver con ellas. El afán de bendecirlo y bautizarlo todo, propagando incluso una serie de sacramentales de dudoso significado, hicieron un gran mal en nuestra historia. Mal que todavía perdura con bendiciones de cosas humanas materiales, en la inauguración de una fábrica o una carretera, o de unos animales por San Antón, o de unas simples medallas y hábitos que preservarán de todo mal espiritual, o de unos «detentes» donde el Sagrado Corazón nos evitará, por llevarlos colgados del pe-



Todavía no hace un siglo podía leerse en revistas clericales que «creer en los brujos no es una superstición, ya que han existido». (Grabado de Goya.)

# SUPERSTICION: PICAROS Y ENDEMONIADOS

cho, el efecto mortífero de las balas en nuestra guerra de 1936 a 1939. Y «oficial hubo que sirviendo personalmente el cañón, frotaba con una medalla las balas para tener mejor puntería» (Padre Cándido Arbeloa, S. J., *Sábados populares dedicados a María*. Imprenta H. Coronas, Pamplona, 1937).

Cuando San Agustín de Canterbury misionó a los británicos en el siglo VI, el Papa San Gregorio Magno le pidió que adoptase las costumbres religiosas —de carácter pagano— de los anglosajones y las cristianizase: «Puesto que estas buenas gentes tienen costumbres de hacer sacrificios con bueyes, transformad esta costumbre de pagano en cristiana» (Beda, *Hist. Eccles.*, l. I, cap. XXXII). Así es como se ha llegado siempre, hasta el siglo de las luces y la época científica contemporánea, a vivir en una perpetua confusión superstitioso-religiosa que, en su tiempo, hacía decir ya a San Agustín de Hipona: «¿De dónde han nacido en la Iglesia tantos abusos como deploramos, sino de la imposibilidad de resistir a una muchedumbre que va a acabar con todo sentido cristiano, porque conserva sus costumbres del todo ajenas a la vida de un cristiano?» (In Joan, tract. CXXII).

Otro gran historiador —el padre Hipólito Delahaye, S. J.—, dedicado al estudio de las supercherías piadosas, confiesa con sinceridad: «No podemos negar ni mucho menos que existen costumbres religiosas en los países cristianos que tienen un remoto origen y están en oposición directa a la creencia y moral cristianas» (*The Legends of the Saints*, Ed. Univ. Notre Dame). Y estas costumbres religiosas dice que «son de origen pagano». Como lo es que «los cultos de los dioses y de los santos tienen correspondencia innegable» (Pinard de la Boullaye, S. J., *La herencia de Jesús*, Ed. Razón y Fe).

## Profecías político-religiosas

Hitler, de origen católico, se creía un inspirado, y por eso le temían y le veneraban hombres inteligentes —sea cual fuera su moralidad— como Goebbels. Hitler consultaba frecuentemente a los astrólogos y muchos le sentían encarnación de la famosa profecía de Nostradamus, el extraño personaje francés del siglo XVI. Había predicho Miguel Nostre-Dame la muerte del Rey de Francia Enrique II en un duelo, como lo había hecho otro astrólogo también francés, Gaurico. Y hace unos años, al volver a editarse las *Centurias*, donde se contienen sus pretendidas profecías, se le veía al dictador nazi representado así:

«De lo más hondo del Occidente  
[de Europa,  
de gente humilde, nacerá un  
[niño;  
que con su lengua seducirá a las  
[gentes  
y crecerá su fama hasta Oriente...  
Nacerá un Emperador cerca de  
[Italia,  
que al Imperio será vendido caro;  
me dirán con qué gente luchará,  
y será carnicero más que príncipe» (Cent., III y I).

Entre nosotros los españoles corría la idea de que Adolfo Hitler era el salvador de la civilización cristiana, sin duda por esta aureola carismática, que hasta clérigos y seglares católicos españoles le concedían entonces en sermones, charlas y discursos.

Por aquellos años se barajaba también en España, con motivo de la elección del Papa Pacelli, el nombre de otra serie de profecías atribuidas a un monje irlandés, Malaquías, nacido en 1095. Profecías con la lista de los futuros Papas aparecidas sólo a finales del siglo XVI y escritas, con seguridad, entre 1585 y 1590, y no en el siglo XI, que coincidían admirablemente con todo lo que decían acerca de los Papas anteriores a esa época, pero que resultaban difíciles de hacer coincidir con los Papas posteriores, lo cual revela una falta de seriedad.

No obstante, a Pío XII le agradaba verse el «Pastor Angelicus» de las profecías de San Malaquías, y así se le denominó en un reportaje filmico de su pontificado que tuvo mucha publicidad entonces, y en muchos libros que se publicaron cuando murió en aquellas condiciones mentales confusas, relacionadas con ingenua simplicidad por su propio médico.

Sin embargo, el propio Vaticano había puesto en guardia contra este maravillosismo al patrocinar, en 1951, la publicación de la *Enciclopedia Católica*, que decía: «Es evidente el carácter apócrifo de esta profecía a quien la examina... A partir del Papa Gregorio XIV, la mayor parte de los lemas se hacen enigmáticos y, si algunos coinciden, la mayor parte de los lemas están rodeados de gran incertidumbre y algunos de ellos son decididamente absurdos y no pueden coordinarse con la historia real». Lo cual no quita para que los católicos de hace veinticinco años hicieran cábalas sobre el cercano fin del mundo, por acabarse la lista de los Papas de esta profecía, en el año 2000 aproximadamente.

Igualmente conocimos durante nuestra República la propaganda que se hizo entre los católicos españoles de las falsas profecías atribuidas a la madre Ráfols, que pretendían superar con certeza las

reacciones anticlericales de ese período, rezando determinadas oraciones con los brazos en cruz. Y contemplábamos las iglesias con los fieles orando de esa espectacular manera, preconizada por la aragonesa monja decimonónica.

Este «profetismo» visionario, tan distinto del profetismo contestatario de muchos clérigos actuales, es un mal endémico de nuestro pueblo y, en general, de todos los pueblos de tradición católica.

Sin duda, todo ello proviene de que todavía no hace un siglo se les enseñaba a los clérigos en sus revistas que «creer en los brujos no es una superstición; desde el

todo mal para las veinticuatro horas siguientes. Ahora las cosas han cambiado y se pone en el salpicadero de nuestro automóvil, o en la palanca de cambios, una imagen de San Cristóbal. Con ella se cree falsamente «que la presencia material de su emblema ha de bastar para protegerlos contra los peligros de la carretera...; cristianos poco ilustrados degradan prácticamente la imagen de San Cristóbal con que adornan su automóvil al rango de semejantes fruslerías» (Jean Mellot, *La superstición, sucedáneo de la fe*).

Incluso hay increíbles —entre gente de poca cultura, sobre

rándolo un día nefasto en el que nada puede esperarse con éxito; y se creía, hace pocos siglos, «que quien lo aprovechase para cortar las uñas o el pelo criaría indefectiblemente sarna o piojos» (Duque de Maura, *Supersticiones*, Ed. Calleja). Casarse en miércoles, o en mayo y junio, traía desgracias familiares; y yo todavía he vivido los banquetes que en plena Semana Santa nos dábamos de niños en nuestra casa para celebrar el Jueves Santo, aunque no llegamos a quebrantar la abstinencia de carne —como se hacía en los siglos XVI y XVII— comiendo un gallo para recordar el canto suyo el día de



El estigmatizado Arthur Otto Mook, ni católico ni pladoso, tuvo llagas en la frente y en las manos.

momento que ha existido y puede existir la brujería es lícito creer en los brujos y sus sortilegios» (Ami du Clergé, año 1892).

### Supersticiones y más supersticiones

Todos pueden apreciar la gran figura de San Cristóbalón, el santo gigante, que existe en la pared de algunas catedrales españolas. Aparte de su legendaria vida, la imagen de este santo era capaz de darnos protección por las mañanas si la miraba el creyente con fervor respetuoso. Y siglos hace, muchos entraban en la iglesia, donde había esta gran imagen, para contemplarla un momento y salir al instante abroquelados contra

todo— que sienten una vaga aprensión a los fantasmas, a los cementerios y tienen —o han tenido hasta hace poco— una confianza desmedida y oculta por ciertas imágenes protectoras, como el Jesús de Medinaceli, en Madrid, o la Virgen del Carmen los pescadores y marinos.

Y «en España se veneraba antiguamente a Santa Paula en imágenes con barba —como en Roma a Santa Galla y en otros países a Santa Liberata— porque en Chipre existía en los tiempos clásicos un santuario de Afrodita con una imagen de una mujer con barba, como culto del hermafrodita», recuerda con concisa pero expresiva descripción el padre Delehaye, S. J., en *Las leyendas de los santos*.

Hemos tenido —y algunos todavía tienen— muchas supersticiones como la del viernes, conside-

Viernes Santo, amonestando a San Pedro por su debilidad. En esos siglos, los santos estaban unidos a los quehaceres del campo, en un país fuertemente subdesarrollado como el nuestro; las frutas y verduras recogidas en San Felipe eran portentosas contra enfermedades, y lo mismo ocurría a las plantas que se injertaban en la Anunciación. En el hogar o chimenea no se debían retirar las brasas, porque a las solteras se les ahuyentaban los novios. Y por ver revestirse el cíngulo y el alba a un sacerdote, una mujer que estuviera en estado, tendría un hijo con el cordón umbilical enrollado al cuello y se asfixiaría. Y era sumamente frecuente el ensalmo de las nóminas que un sacerdote aragonés describía así en el siglo XVII: «Algunos vanos hombres y mujeres llevan escritos y colgados al

## SUPERSTICION: PICAROS Y ENDEMONIADOS

cuello, o en su pecho, unos papeles o pergaminos escritos con algunos nombres... y no solamente nombres, más algunas oraciones para sanar de tercianas, cuartanas y de otras muchas enfermedades: todo lo cual es hechicería y vanidad» (Tribunal de superstición ladina, año 1631). ¿No nos recuerda esta práctica a la todavía corriente en familias tradicionales de colgar una especie de escapulario conteniendo palabras del Evangelio a los niños recién nacidos? Las monjas, cuando iba a tener mi mujer algún hijo, me llenaban, hace pocos años, de estos escapularios mágicos.

«En Andalucía se llevaba, contra los maléficis gitanos, un pequeño dije de asta de ciervo (que hoy vuelve a estar de moda en todo el país). En Cataluña, la gente de la montaña aplica algunos trozos de piel de oveja a sus pequeños para preservarles de peligros» (A. Rufat, *La superstición a través de los tiempos*, Ed. Mateu, 1962). El número 13 y los temores que produce no son privativos de nuestro país, sino de una constante folklórica universal, ya que se ha encontrado tal superstición hasta en los indios osagos.

La Iglesia adoptó antiguos ritos solares, como el de las hogueras de San Juan, que el bueno del obispo Bossuet se esforzaba ingenuamente por aclimatar a unas costumbres más cristianas, haciendo en sus parroquias una «hoguera eclesiástica» que fuese menos supersticiosa que las otras hogueras más populares. Pero, ¿no hubiera sido mejor llamar a las cosas por su nombre, y dejar de mezclar el cristianismo con el paganismo supersticioso? Lo mismo puede decirse de las *novenas*, que son de origen pagano (D. Attwater, *Catholic Dictionary*); y de las *oraciones-fórmula* dirigidas a San Expedito (que nunca existió), o a San Antonio de Padua, que nunca fue en vida el santo meloso y casamentero que hemos presentado en nuestro país, sino un fraile contestatario con los poderosos y obispos de su tiempo.

### Ascetismo y masoquismo

Los antiguos disciplinantes —que hemos podido ver en películas de Bergman— eran tan reales como hoy resultan nuestros anacrónicos encapuchados de Semana Santa. Hasta el siglo XVIII iban en las procesiones españolas golpeándose las espaldas hasta hacerse sangre. Una costumbre que, además de ser supersticiosa y anticristiana, es digna de observación por un psicoanalista, como S. Nacht, que encontraría variada base para completar sus estudios sobre la perversión sexual masoquista.

El psicoanalista católico doctor

Nodet ha estudiado también este fenómeno confuso de los disciplinantes, a través de la figura de San Jerónimo. Es curiosa la ingenuidad del vehemente dalmata que fue este santo, quien cuanto más se disciplinaba, estando en el desierto, más tentaciones sexuales confesaba que tenía. Lo que hacía era excitar, sin darse cuenta, sus tendencias masoquistas, bajo capa de rigida ascética, llegando incluso a aliar lo fisiológico con lo psicológico, al transformar el displacer en placer. «Es un hecho hoy generalmente admitido, que el dolor resultante de los castigos corporales determina una excitación sexual en el niño. La calidad erótica de las regiones glúteas es la más marcada...; el hecho encontraría quizá una explicación suficiente en las conexiones de las vías nerviosas» (S. Nacht, *El masoquismo*, Editorial Sudamérica, Buenos Aires). En los adultos desaparece esto, pero en el masoquista, «esta evolución no se ha cumplido y ade-

El inteligente psicólogo y biólogo que fue nuestro fraile del siglo XVIII, padre Benito Feijoo, con visión anticipadora de la psiquiatría actual, dice que «muchos endemoniados son simples casos de melancolía e histerismo, ligados casi siempre con perturbaciones sexuales» (G. Marañón, *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, Editorial Espasa-Calpe). Con frase ruda decía el fraile benedictino, destructor de toda superchería: «En el útero femenino está, sin duda, escondido el Proteo de las enfermedades».

Sin embargo, el gran médico Paracelso, en el siglo XVI, decía todavía que «el poseso no debe acudir al médico, sino que ha de tomar su cruz y seguir a Cristo con ella, y así quedará libre». Y el Papa San Gregorio Magno aseguraba, con total seriedad, que «comiendo lechuga podía ocurrir que se tragase un diablo», cuenta el profesor católico J. Bökmann (*La psicología moral*, Ed. Herder).



Altas personalidades de la Iglesia visitan un laboratorio y biblioteca alquímicos, por los que sintieron interés más que benevolente. (De la obra de Maier «Triplus Aureus», Francfort, 1678.)

más hay en él una fijación del dolor a la sensibilidad genital» (o. c.). Además, a esto se añaden las causas psicológicas, que vienen a acentuar el problema en quienes sufren una regresión del carácter hacia experiencias psicológicas infantiles. «San Jerónimo —como otras figuras religiosas— tiene una verdadera obsesión de la sexualidad que permite afirmar que no poseía personalmente una sexualidad instintivamente desarrollada: estaba llena de tabúes infantiles y mostraba una regresión afectiva indiscutible, expresada en dos síntomas clásicos: una agresividad extremadamente vehemente y una inteligencia que se traiciona a sí misma en esa obsesión por lo sexual, camuflándola tras una explicación pseudoteológica» (*Mystique et Contemplation*, Ed. Desclée).

Hoy, en cambio, gracias a la psiquiatría —que comenzó con la *Psychopathia Sexualis*, de Krafft-Ebing— se sabe lo que los teólogos católicos no se atrevieron, en este siglo y en el pasado, a confesar: que en la Sagrada Escritura, como en la historia del cristianismo, se atribuye al demonio —como entidad personal— lo que sólo es producto de causas cósmicas. La mejor prueba es que en la mayor parte del Antiguo Testamento —en concreto en sus libros más antiguos— no hay ninguna demonología, pues ésta era considerada por los hebreos como producto idólatrico de las religiones circundantes, y no querían mezclarse éstos con sus costumbres confusas ni con sus doctrinas maravillosistas. Después, la influencia cultural circundante pudo más, y cerca del

tiempo del Evangelio comienza a mezclarse la demonología con la religión hebrea.

Lo mismo ocurría con los remedios de los magos y hechiceros del tiempo, que pretendían —como el licenciado Amador de Velasco en el siglo XVI— que sus fórmulas «servían para ligar y desligar amores, proveer de virgo, evitar la concepción y el buen parto, para que canten y bailen los hombres en cualquier parte donde estuvieren, para ser bienquistos de señores y príncipes, para que uno se vaya secando hasta que muera, para que se junten los lobos de un término donde quisieras, que no duerma una persona en toda la noche, hacerse invisible... y sanar sin medicina de todas las enfermedades» (Duque de Maura, o. c.). Y todo se explicaba por la acción directa o indirecta del demonio, como decía con admirable candor el canónigo aragonés don Gaspar Navarro en 1631: «Vemos que algunos hechiceros y hechiceras dicen el Padrenuestro y el Avemaría; pero nunca vemos que digan el Credo, y la razón que yo imagino es por el aborrecimiento de nuestra santa fe católica».

Todo ello es producto de la credulidad y de la vulgaridad religiosa reinante en la incultura ambiente, que todavía perdura en buena parte de España y del mundo católico.

### Hipócritas y picaros

Otro capítulo importante es el de la hipocresía religiosa, que más que mala fe consciente y clara, es el producto de esa mala fe sarricana, que resulta ser un sé y no sé confusamente mezclado. En nuestra literatura abunda esta mezcla de picaresca y religión, que desde el Corbacho, pasando por las obras de Cervantes, hasta llegar a nuestro declamatorio Filósofo Rancio, demuestran que es síntoma negativo de nuestra religiosidad hispana.

El antifeminista arcipreste de Talavera describe, sin embargo, a los hipócritas religiosos sólo entre los hombres: «Algunos de éstos —dice— hay que disimulan el mal y fingen el bien con mentirosos hábitos e condiciones, palabras mansas e gestos sosegados; los ojos en tierra inclinados como la honestidad, mirando de través e so capa, devotos e muy oradores, seguidores de iglesias, ganadores de perdones..., tratadores de todas obras de piedad, roedores de altares, las rodillas hincadas en tierra e las manos e los ojos al cielo» (*Corbacho*, año 1438).

Descripción semejante, de este tipo religioso hispano, a la que hizo quinientos años después —to-

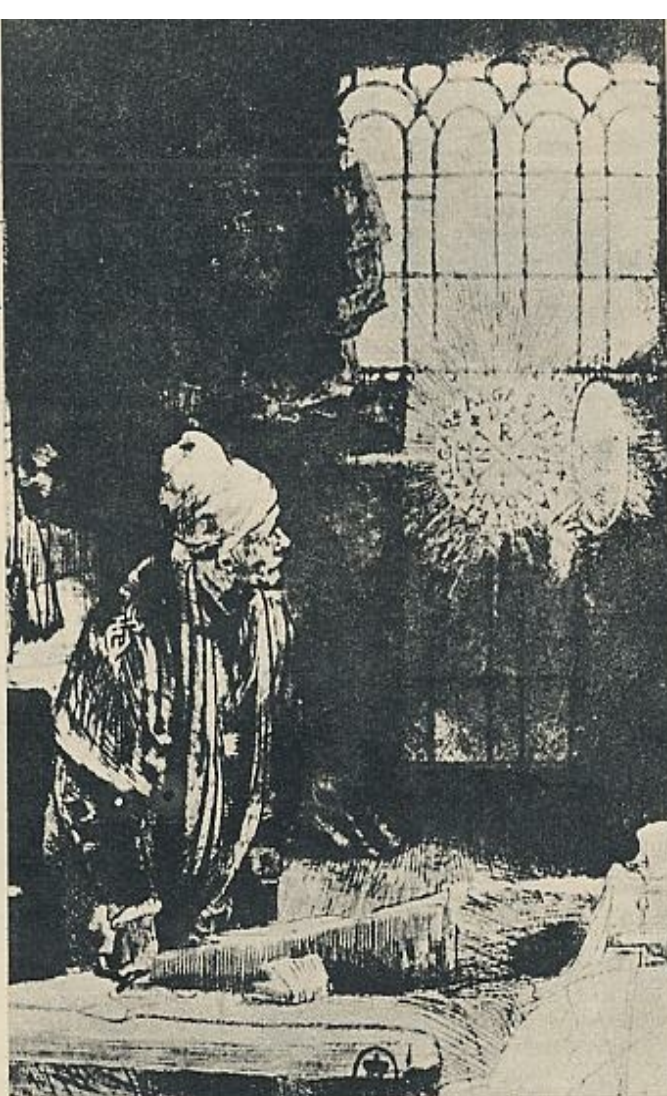
mada de la realidad también— nuestro Filósofo Rancio: «No hay para el hombre cosa más difícil que la verdadera santidad; pero ni tampoco cosa más fácil que la santidad supuesta que llamamos hipocresía. La cabecita caída sobre el hombro, las palabras bajitas y melosas, los ojos compuestos y medio atravesados, una risita complaciente y disimulada... mucho de Dios en la boca... predicar a todo el género humano y no predicarse a sí mismo» (*Breviarios del pensamiento español*. Antología del Filósofo Rancio).

Una variante de esta hipocresía es el pícaro o tunante, del cual hablaba Feijoo como de una lacra social en España: «La piedad española, a vuelta de cuarenta o cincuenta devotos, sustenta millares de tunantes», decía el sincero y valiente benedictino.

Es como la descripción que hacía Cervantes del patio de Monipodio, donde los rateros dicen —como han dicho muchos españoles «honrados» poco escrupulosos de la justicia social—: «Yo no me meto en teologías, lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios». Para ello, el astuto pero religioso Monipodio —como buen líder de estos ciudadanos— «tiene ordenado que de lo que hurtamos demos alguna cosa o limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra». Y todavía ha perdurado en nuestro país —y en ninguno fuera del ámbito hispano— el privilegio pontificio del Sumario de Composición que, mediante una leve limosna, condona los bienes mal adquiridos hasta una cierta cantidad, sin necesidad de restitución. ¿No es esto lo mismo —aunque en lenguaje aparentemente más serio— que los arreglos plausibles de los pícaros de Rinconete y Cortadillo?

Y no para ahí lo pintoresco de estas situaciones, porque las «mozas de partido», o las «niñas» cervantinas dedicadas a la prostitución, dejaban una parte de sus ganancias para velas a San Miguel, San Blas o Santa Lucía. Como en tiempo de nuestra República vimos en la famosa iglesia de San Luis, en la calle de la Montera, donde las citas dudosas eran, al parecer, frecuentes, según se comentaba entonces.

Igual comentario merecen ciertas dudosas costumbres monjiles que la propia Santa Teresa criticaba en su tiempo, y que perduraban en el siglo XVIII, como «las famosas y sacrílegas devociones de monjas», sólo por entonces exterminadas (A. Martínez Albiach, *Religiosidad hispana y sociedad borbonica*).



Grabado de Rembrandt que representa al Doctor Fausto.

## Monjas simuladoras

Y nada se diga de las supercherías monjiles de múltiples visionarias consejeras de Reyes, como la venerable María de Agreda en el siglo XVII, con su fabulatoria *Mística Ciudad de Dios*, o la monja de las llagas, sor Patrocinio, en el siglo XIX. Y las hechicerías vulgares a que se sometió el conde-duque de Olivares en tiempos de Felipe IV, con la bruja Leonorilla y el hechicero Jerónimo de Liébano, para no perder el valimiento real. Y el extraño —y nunca bien aclarado— comentario popular del erotismo real de Felipe IV con la joven monja del convento de San Plácido, sor Margarita de la Cruz. Convento gobernado ciertamente por un cura cínico que provocó «una verdadera epidemia de histerismo que alcanzó a veinticinco de las treinta pobres monjas que componían la comunidad, algunas casi niñas, diagnosticado por el propio médico del convento como caso indudable de posesión del demonio» (G. Marañón, *El conde-duque de Olivares*).

En nuestra historia religiosa son múltiples las monjas simuladoras que engañaron a sesudos y santos frailes, como fray Luis de Granada, O. P., y San Juan de la Cruz. Este último fue confesor de la simuladora y perturbada Juana Calancha, sin darse cuenta durante mu-

chos años de sus supercherías, propias de una enferma mental. Y la famosa clarisa de Córdoba, sor Magdalena de la Cruz, que en tiempo de Santa Teresa «llegó a ser el oráculo de otros conventos de España; la consultaban los príncipes, los Reyes y los mismos Pontífices acerca de los asuntos de sus Estados o de sus diócesis» (E. Joly, *Psicología de los santos*. Ed. Liturgia Española); hasta que en 1546 tuvo la valentía de confesar que había estado engañando a todo el mundo. Y en el siglo XVII engañó a casi toda la Corte de Felipe IV, el fraile de San Nicolás, fray Francisco Monteroni, con sus predicciones políticas, algunas de las cuales —como pasa siempre— se cumplieron para gran impresión de los crédulos que le escuchaban.

El propio Carlos II se creyó hechizado y hubo un capuchino italiano que vino a España a exorcizarle, porque decía haber tenido la revelación de que «se fuese a España, donde tendría mucho que hacer para librar al Rey del demonio de que estaba poseído». Pero fueron otros frailes, fray Froilán en particular, quienes le aplicaron exorcismo tras exorcismo sin los visibles éxitos espectaculares prometidos.

Los escritores religiosos alardean frecuentemente de un manifiesto antifeminismo religioso, achacando casi sólo a las mujeres estos defectos religiosos, desde el Arcipreste de Talavera, en España,

hasta llegar hoy al teólogo germano K. Rahner, S. J., y terminando por el español P. Staehlin, S. J., en su excelente obra —por otra parte titulada *Apariciones*. Pero, en realidad, esta religiosidad maravillosista y supersticiosa, llena de temibles demonios y poderosas acciones mágicas, no es algo femenino, sino infantil. Es una regresión de los adultos —hombres y mujeres— a las épocas fantásticas y angustiadas de la primera niñez. Lo que ocurre es que en nuestra historia occidental hemos tenido los hombres dominados a la mujer, impidiendo el desarrollo de su carácter, y por eso se ha llamado «femenino», con evidente abuso, a lo que era producto de una sensibilidad e imaginación infantiles, que existían en muchas mujeres por la falsa educación recibida del hombre. Bernard Shaw afirmaba, por boca de uno de sus personajes, que la religión era femenina; y por eso —decía— «yo no soy cristiano, soy un hombre». Y K. Rahner dice que «el cristianismo, de hecho, se ha feminizado». «La religión no es cosa de mujeres y niños —afirma por eso el padre Staehlin, S. J.—, pero el maravillosismo religioso parece serlo, y en forma de monopolio casi exclusivo... Los hombres no suelen exhibir estigmas ni contar apariciones. Los llamados fenómenos extraordinarios (de carácter maravillosista sensible) nada tienen que ver con la vida cristiana —que es paso de la conciencia a la supraconciencia— y parecen «cosas de mujeres»... Y cuando las mujeres avanzan en edad van perdiendo no pocos rasgos de su feminidad juvenil —infantil, diría yo—, pareciendo sujetos menos aptos para tales experiencias» (*Apariciones*). «Los santos físicamente vigorosos —dice otro especialista en fenómenos místicos— no fueron favorecidos por los estigmas... pero no pocas devotas mujeres que nunca han sido beatificadas, y cuya historia indica cierta extravagancia de la sensibilidad, han sido honradas como estigmatizadas, sangrando como las cinco heridas de la Pasión de Cristo» (H. Thurston, S. J., *Los fenómenos físicos del misticismo*. Ed. Dinor).

La misma Santa Teresa de Jesús no escapa a este sino infantilizado o regresivo de esa sensibilidad femenina mal formada, propio de nuestra civilización tradicional de Occidente. El padre Hahn, S. J., premiado por la Academia de Salamanca, publicó un trabajo en 1883 en la *Revue de Questions Scientifiques*, donde mantenía la tesis que muchas de las reacciones humanas y de los fenómenos sensibles maravillosos que experimentó esta santa, sólo se explican —siguiendo la terminología de la época— como síntomas «hísticos», o

## SUPERSTICION, PICAROS Y ENDEMONIADOS

de una «melancolía enfermiza». Y añadía, además, que el mérito de Santa Teresa era que habiendo experimentado «por una parte, fenómenos históricos y, por otra, fenómenos sobrenaturales, supo distinguir tan bien los unos de los otros que esta doble experiencia constituyó una garantía irrefragable y va libérrima de ausencia de engaño» (E. Joly, *Psicología de los santos*).

En 1949 se descubrió un caso que confirma el origen psíquico (y no sobrenatural) de estos estigmas o llagas de la Pasión. En Hamburgo apareció un comerciante, A. Otto Mook, que no practicaba la religión protestante en que había sido educado y, sin embargo, le aparecieron las llagas de la Pasión de Cristo, y se le ropiéron muchos viernes. Mook estaba molesto por este fenómeno, y lo consideraba como una enfermedad.

### Familiaridad sospechosa

Estos fenómenos han producido en el país, como resultado, una anormal familiaridad con lo religioso vago o no a cuento. Fernando Díaz-Plaja lo ha recogido en su libro sobre *El español y los siete pecados capitales*; le da el momento repetidos: «¡Dios mío!», «Dios lo quiere», «Vaya por Dios», «Dios te ayude», «Quiéralo Dios», «Gracias a Dios», y tantas otras expresiones de todas conocidas. Como las frases «se armó la de Dios es Cristo», «que venga Dios y lo vea», «le planta como a un Cristo dos pistolas», «a quien Dios se le dá, San Pedro se la bendiga», «fiate do la Virgen y no corras», «Dios los cria y ellos se juntan». Toda esta familiaridad de lo católico como cosa propia, se resume en la anécdota de aquel cura de malas costumbres que, en el siglo pasado, fue invitado por un pastor inglés a hacerse protestante y le contestó: «Yo no creo en mi religión, que es la verdadera, ¿y voy a creer en la de usted?».

Los directores espirituales —plaja de nuestra religiosidad hispánica— son objeto de los ataques de nuestros escritores espirituales por sus abusos. La Segunda República abunda en hechos referentes a la presión política ejercida a través de las mujeres católicas por el confesor, para atraer a ellas y a toda la familia, en forma favorable, al voto por las derechas de entonces. Bueno hubieron sido en aquella época recordar —pero no se hizo— lo que un famoso religioso paul enseñaba en 1928 a los curas en sus

retiros sacerdotales: «Se puede ser buen cristiano y aun gran santo, de secolar y de religioso, sin esta sujeción continua y absoluta a un director espiritual y aun sin ese director espiritual» (E. Escrivá, G. M., *Meditaciones sacerdotales*). Y nuestro clásico padre Granada, en el siglo XVI, decía con su aguda perspicacia: «El dar obediencia a los padres espirituales es muy peligroso, porque de ella nace una familiar amistad (se refiere a la sujeción obligada por un sacerdote) entre el penitente y el padre espiritual que el demonio transforma en carnal» (Sermón contra los escándalos). La historia de estas relaciones resulta por demás escabrosa a los ojos de un seicentista. Por eso, ahora que hay mucha más madurez humana en las mujeres, se dirigen mucho menos por el clero.

### Remedios radicales

La lucha contra todo ello ha existido en la historia de nuestro país, y se puede sintetizar en cuatro aspectos: 1) La crítica de las supersticiones religiosas y de los abusos en la práctica religiosa. 2) La distinción entre cristianismo y folclore pagano o profano. 3) La batalla contra las imágenes y revelaciones sensibiles. 4) La denuncia del triunfalismo religioso.

La crítica de las supersticiones son varios los pensadores españoles que la han hecho, como el padre Benito Jerónimo Feijóo en el siglo XVIII, y le da ejemplos abundantes de ella en este reportaje, aunque demasiadas veces el temor a la Inquisición o a la herejodoxia haya, hace unos años, paralizado nuestras plumas o nuestra palabra allí donde debíamos haber sido más claros y hasta sanprientos. Esta crítica no es nueva, o como algunos timoratos todavía piensan, creyendo que más vale que el pueblo crea algo, qué no que no crea en nada, a que nos exponamos a que pierda su fe al perder estas costumbres de tanto arraigo religioso. Son estos equivocados los que pretenden que se deje tranquilo al vulgo en algunos errores conformes a su indiscreta piedad de modo a que el desengaño utilice en la sustancial su católico celo. Pero están muy equivocados estos timoratos, como ya dijo el fraile Feijóo, porque estos que así piensan «son aquellos que erradamente tachaban el complejo de nuestros católicos dogmas como un cuerpo delicado, o quien para su

conservación es menester tratar con mil melindrosas precauciones» (*Cartas eruditas*, Antología, Aizenz Editorial).

Sólo hombres tan cerrados como el conservador conde de Maistre, en el siglo pasado, pueden decir que la superstición es una obra aventajada de la religión que no hay que destruir. ¿Por qué? Por motivos de política eclesiástica de talaz y pequeño estilo, o —lo que es peor— de política civil que pretendiese mantener las complacencias masas a nivel prescrito y acientífico con el fin de que no resulten incómodas.

El afán de distinguir entre *costumbre popular* y el cristianismo suelto ser producto de nuestra época cultural, en que algunos obispos —como monseñor Díaz Merchán o monseñor Delgado Saez, o monseñor García Alcega— la han denunciado públicamente, aunque, en mi sentir, demasiado tarde. Durante varios siglos —dijo el obispo de Albacete— se vivió un cristianismo sociológico. Claramente, ha habido abusos que han perjudicado al pueblo de Dios por vincularse a realidades temporales de raza, nación, cultura o instituciones; debiéramos aprender de la historia. («ABC», 10 noviembre 1971). El obispo de Tuy-Vigo señalaba que «los creyentes deben tener una luz personal y —por eso mismo— más dialógica»; ya no se puede mantener eso de del carbonero que tenía por antes así como un ideal, ni tampoco la fe porque era heredada de nuestros padres o de nuestra historia. Y monseñor Díaz Merchán decía cosas muy verdaderas y muy claras sobre la religiosidad hispánica hace unos años: «Hay un pocoos cristianos que están tan aferrados a las manifestaciones externas... tan desprovistos del sentido religioso profundo, que resulta difícil advenir en su interior un acto personal de fe... no se han planteado nunca el problema de su decisión personal de fe... viven de sus rutinas y del automatismo social, son creyentes porque el ambiente les ha sido propicio. Habla también este obispo de «aquellos cristianos, por desgracia abundantes, que han hecho una religión a su medida, una medida demasiado pequeña». Son los que conjeturaban la religión con la falta de honradez más elemental, los que todo lo que no sea su pobre pesimismo es herejía, con los aprovechados que tienen la religión como «un adorno de la vida personal o de familia», o «una cosa útil para presentarse en sociedad» o para «granjearse la aceptación en

la vida de relación o en las empresas financieras». ¿Cuánto «cristiano» materialista hemos visto y a veces bendecido / defendido en nuestra sociedad! En el fondo, muchos usan la religión sólo como «una nota más del folklore español», y están orgullosos por eso de la religiosidad hispánica.

La batalla contra los excesos de la devoción a las imágenes y a las revelaciones sensibiles la dieron, en nuestros siglos XV y XVI, el famoso obispo de Avila llamado El Testudo y San Juan de la Cruz. Pero de una manera tan drástica, que San Juan de la Cruz dice —por ejemplo— que «la persona devota de veras... pocas imágenes ha menester y de pocas usa... y si se las quitara se pena muy poco, porque la viva imagen busca dentro de sí, que es Cristo». Y de las visiones y revelaciones sensibiles tan atractivas para el pueblo y tan dirigidas del país en nuestra historia, dice que «totalmente han de salir de ellas, sin querer examinar el son buenas o malas» (*Subida al Monte Carmelo*). No anda con remilgos el santo hispano, como han hecho después los teólogos queriendo descubrir cuáles son falsas y verdaderas; para él todas estas visiones y revelaciones —sanz o no falsas— son desechables, porque estando «manifestada la ley evangélica... no tiene (Dios) más que hablar» (c. 1); el Evangelio de Jesús basta, y no hay que ir mendigando lucas del cielo para saber gobernarnos por la vida. Esta tradición rigurosa contra las imágenes se manifiesta ya en el mismo Concilio de Ilberis, en Andalucía, el año 325, condenando el uso de las imágenes y diciendo que «no debe haber imágenes en la Iglesia para que quien se le ofrece pura la veneración, no esté perturbado en los muros» (canon 36).

El triunfalismo religioso ha sido una de las principales causas de todo este confuso y anormal marionetismo, por eso ha habido autores españoles que lo han combatido hace siglos, como lo hizo Sánchez de Badajoz en su *Farsa de la muerte* en el siglo XV. Y, sobre todo, lo combatió el corriente erasmista, que tanto arraigo tuvo en España, la cual pretendía una religión espiritual y humana en la que desapareciera el fúlgubre tremorismo ascético reflejado en nuestra pintura zurbanesca y todo el triunfalismo externo de visiones, procesiones y demás manifestaciones masivas desproporcionadas que han existido en nuestra historia. ■ E. M. M.